

# **Lucas Lenz**

## **y la mano del emperador**

Pablo De Santis

Ilustración de cubierta de Juan Pablo Cambariere

Ilustraciones de interior de Mariano Lucano

loqueleg

Soy el guardián del museo. Salgo de mi casa al atardecer. Un ómnibus me deja a doscientos metros, camino a través de un terreno de pastos altos y ocupo mi lugar. En la oficina, que está en el primer piso, hay pocas cosas: un escritorio, una silla, una estufa y un sofá viejo donde me tiro a veces a dormir, aunque se supone que el guardián nocturno del museo no debería dormir. Tengo revistas de historietas y de crucigramas y una radio Spica que no me ha fallado en los últimos cuarenta años. Este dato me traiciona: soy un hombre de cierta edad.

A veces paseo por el museo, estudiando las piezas que reúne. Nunca lo vi de día. No enciendo las luces al recorrerlo, uso una linterna de metal, de cuerpo alargado. La lámpara tiene un haz poderoso; se necesita una buena luz para no tener miedo en un museo desierto.

Mirar los objetos del museo me aburriría, si no fuera porque siempre hay cosas nuevas, y porque las otras aparecen en sitios distintos. No sé quién es el que se dedica a cambiar las cosas de lugar. Pero un mismo objeto, en un lugar distinto, es también un objeto distinto (al menos cuando uno, en mitad de la noche, lo ilumina con una linterna).

8 Avanzo por las enormes habitaciones (que a veces también parecen cambiadas de lugar). Veo en una vitrina un cuervo embalsamado, y a la noche siguiente otra cosa ocupa su sitio: un arpón cubierto de herrumbre, una caja de cristal llena de nieve falsa; un teléfono de baquelita negra, que suena de vez en cuando, a pesar de que está desconectado, y que nunca me animo a atender; un libro que se puede leer en la oscuridad, porque sus palabras brillan. Nada tiene ninguna leyenda con ninguna explicación. Las cosas están solas en la oscuridad y yo me entretengo en inventarles un nombre, una función, o la historia, la larga busca que las reunió aquí.

El hombre que se ocupó del trabajo se llama Lucas Lenz. Tardé seis meses en oír su nombre, y pasaron otros seis antes de que pudiera verlo.

Entré a trabajar en el museo hace dos años, y la culpa la tuvo mi insomnio. No podía dormir de noche, y me la pasaba leyendo o escuchando la radio. El problema no era con el sueño, sino con la noche, porque de día sí podía dormir. En la revista de historietas *Las aventuras de Víctor Jade* –que leo desde hace veinte años– encontré un aviso que pensé que podría servirme. *Doctor Volta: especialista en trastornos del sueño.*

Pedí una cita con el médico, que tenía un consultorio oscuro en un edificio del centro. En la sala de espera había dos hombres y una mujer, pálidos y con ojeras. Tres cuadros pintados por algún aficionado adornaban las paredes: mostraban mujeres diminutas durmiendo en camas gigantescas. Las durmientes parecían sepultadas por el tremendo peso de las mantas que se acumulaban sobre ellas.

Las otras entrevistas fueron breves y pronto llegó mi turno. El doctor Volta me hizo sentar en un sillón de dentista. Frente a mí había un aparato que hacía girar un círculo blanco con una espiral negra: una máquina para hipnotizar. Le dije al médico que no quería nada de eso.

10 —Es para los sonámbulos —dijo el doctor Volta—. Pero ya no quedan: son una raza en extinción. Hace años, en cambio, como usted recordará, la ciudad estaba llena de sonámbulos: era común ver gente caminando dormida a cualquier hora de la madrugada. En invierno, un camión de la municipalidad salía a recorrer las calles y cuando veía a un sonámbulo le ponía una frazada encima, para que no se congelara. ¿Cuál me dijo que era su problema?

—No puedo dormir de noche.

—¿Qué le pasa con la noche?

—Cuando me acuesto, siento que me voy a morir. Oigo los latidos del corazón, como un reloj a punto de pararse. A mi alrededor la oscuridad se cierra como un ataúd.

El doctor Volta se quedó pensativo unos segundos y luego anotó algo en un papel.

—Si lo asusta la noche, tiene que cambiar de hábitos. Venga a verme el martes. Quizá para entonces haya encontrado la solución.

El martes siguiente no tuve que esperar nada, porque estaba solo. Volta me hizo pasar al consultorio y me tendió una tarjeta.

—No le propongo medicamentos ni hipnosis, sino un nuevo trabajo. Se lo explico en pocas palabras.

11

Acepté hacer la prueba, porque no tenía nada que perder. Mi negocio —una ferretería— iba de mal en peor, y cerrarlo sería un alivio. No podía comprar mercadería nueva; los clientes me pedían los productos que veían en la televisión y de los que yo nunca había oído hablar. Como no dormía de noche, de día estaba muerto de sueño y eso era fatal para mi negocio, ya que debía mantener en orden las cajas de clavos, tornillos y tuercas. Una falla en la clasificación y no habría forma de encontrar nada.

El señor Raval —el hombre que me contrataría— me citó a las nueve de la noche en las afueras de la ciudad. Sus instrucciones eran precisas y sugerían alguna clase de peligro. Una de ellas era no comentar con nadie mi nuevo trabajo. Pensé que tal vez

me había puesto en contacto con alguna organización criminal. Me gustó la idea de saber algo que no podía decir a nadie; hacía mucho que no tenía ningún secreto para guardar.

Nos encontramos en una estación de tren. El señor Raval me había advertido que usaba sobretodo y sombrero, pero lo hubiera reconocido de todas maneras, porque éramos los únicos. Estaba sentado en el banco de la estación, con un paraguas en la mano. Cuando se quitó el sombrero dejó ver una cabeza afeitada. Usaba unos lentes redondos, de arco de oro.

—El museo está aquí cerca. Vamos caminando —dijo.

Cruzamos un terreno donde se oxidaba una montaña de autos, luego un descampado, y llegamos al museo. La luna era una lámpara que alguien se había olvidado de apagar.

Apenas entramos al hall húmedo del museo el señor Raval me dio sus instrucciones. Las oí con atención y tomé nota en una libreta; desde entonces las he cumplido.

A la noche siguiente ocupé mi lugar. Cuando uno se instala en un nuevo trabajo, evita modificar las cosas que lo rodean, como si fuera un intruso. Pero de a poco, como suele ocurrir, me apropié de la oficina, y traje mis revistas de crucigramas, un abrigo de lana que dejo siempre aquí, por si refresca de improviso, alguna foto familiar, la radio Spica.

14

Sólo muy de tanto en tanto vuelvo a ver a Raval. En esas raras visitas recorre el museo, pero a oscuras, sin linterna. Antes de conocer personalmente a Lenz yo le pedía que me hablara de él, pero Raval no venía al museo para hablar conmigo; sólo le interesaban los objetos reunidos en la oscuridad. Una vez que insistí, prometió acercarme un catálogo que incluyera, junto al nombre de las piezas, la historia de cómo Lenz había encontrado cada una de las cosas. Pero a la siguiente vez, cuando le recordé el catálogo, me dijo que no sabía de qué le hablaba, que no había ningún catálogo, que el museo era un rompecabezas sin sentido, que alguna vez se completaría y cuando eso ocurriera entonces él se iría de allí para siempre.

Cuando lo veo a Raval recorrer el museo en medio de la noche, pienso: hay sonámbulos que ni siquiera están dormidos.